

# No hay tal lugar

MARCO ANTONIO MEJÍA TORRES

Su pincelada es clásica, sabe cómo darle el toque a los paisajes y retratos que plasma con dominio en sus acuarelas. He llegado justamente en el momento en que se dispone a pulir un cuadro sobre Los Farallones del Citará y me ofrece, mientras termina su labor, una taza de café, hecho en casa con grano molido. El original, pintado por él hace años, fue robado hace pocos meses en la feria de la industria y el comercio. El ladrón cayó en una de esas acciones de "limpieza" que se han desplegado por todo el suroeste. De ellas poco se habla y todos prefieren callar. Es peligroso, dicen, a lo sumo uno escucha esa expresión "Debía muchas y se las cobraron". No tienen opción, como ese adolescente hay muchos en estos pueblos que ven avecinarse una nueva ola de violencia.

El sabor del café y su oscuro color me despierta en esta espera recuerdos sobre esta región a la que pertenezco. Esta era la ruta de mi abuelo y mas allá de los cerros, los pueblos que recorrió mi padre y la plaza en donde nació mi madre. Pienso en su pasado y en su presente. En los años cincuenta, la región fue escenario de lamentables acontecimientos que causaron el abandono de tierras, la expropiación y el miedo. La gente huía de las masacres. Luego vino la calma y con ella la bonanza del café y después de la bonanza, el desconcierto de los cafeteros ahogados en un cultivo y al vaivén de unas políticas sobre el precio del café que nadie comprende.

Hoy el desempleo, el crecimiento de la pobreza y la disputa de grupos armados, entregan la contradictoria convivencia de una región que muchos advierten promisorio, con la desesperanza de campesinos y comerciantes arruinados.

"Es todo un premio ver el cerro despejado. Perdí varios viajes a la vereda para tomar la foto, hasta que me salió ésta, aunque no muy buena ¿Mejor el cuadro, no le parece? Tiene más de cuatro mil metros. En esas alturas se estrelló el avión en que viajaba monseñor Valencia, el que llamaban el Obispo Rojo, eso fue por allá en el año de 1972, yo estaba muy niño. Dicen que fue un atentado".

Detalle la foto que Jairo Arias me extiende y me asombro ante la mención del sacerdote, una historia que hay quien quiere sepultar. Pero en la población de Bolívar ese accidente se ha incrustado en su historia.

El pintor guarda la foto en el álbum y aprovecha para mostrarme el registro de sus obras: personajes, carros de escalera, estampas de ciudad Bolívar. Jairo no es un suicida, ni se le ha pasado por la mente algo parecido. Nadie al verlo se puede imaginar que aquel joven pintor de acuarelas, patinador diestro, deportista múltiple, aficionado a la música clásica y excelente conocedor del buen cine, sea el pintor de lápidas del cementerio. El, desde hace cuatro años, escribe con pulida letra los nombres de quienes han fallecido, han asesinado o se han suicidado en Ciudad Bolívar.

"Un jueves tomó la decisión que lo aliviaría de su abatimiento: le pidió al sepulturero que le guardara hasta el otro día la tumba contigua a la de Rosalba, porque él estaría en ella al día siguiente. Cuando lograron tumbar la puerta del garaje y apagar las llamas que consumían el carro, encontraron el cuerpo de Holman carbonizado y encadenado en el asiento delantero. Se había asegurado muy bien, para que la vida no lo tentara y truncara su deseo de estar al lado de la tumba de su amante." Así narra Marco Antonio Mejía una de las tantas historias de suicidio ocurridas en Ciudad Bolívar, en el suuroeste de Antioquia. El recogió algunas de ellas en el reportaje "Los disidentes del Camposanto", otro de los trabajos de grado de la primera promoción de egresados de la Especialización en Periodismo Investigativo.



“Yo me aficioné a venir al cementerio siendo muy niño, sobre todo por un perro pastor alemán, muy bonito, que quería mucho a su amo, don Roberto Zapata. Este señor se ponía a beber y llamaba por teléfono a su esposa, le pedía que le pasara el perro y le ordenaba que fuera por él al bar Marne. Cuando don Roberto se pegó un tiro, llevaron el perro al entierro y allí se quedó al pie de la tumba. Era un espectáculo bien triste ver al animalito solo y triste, y empecé a llevarle comida, pero nada, el perro ni se movía, al final se murió de tristeza”.

El Campo Santo es el lugar de su sosiego, no hay sitio que lo acerque más a la esencia humana, allí se descubre a la gente en su sinceridad o hipocresía. Me describe su impresión y la perplejidad ante el último nombre que le tocó grabar, el del ladrón que robó el cuadro en la exposición y a quien le vieron después cuando acuchillaba a un comerciante del Chocó para robarle.

“Hay una historia muy vieja sobre el muladar de Bolívar, ocurrió a principios de siglo. Aquí vivió un tipo muy bien parecido, de apellido Restrepo, famoso por don Juan y mujeriego, Bernardo me parece que se llamaba, y que logró casarse con la hija de Manuel Enrique Uribe, uno de los personajes más ricos y poderosos. Por supuesto le dio muy mala vida a la mujer, se la pasaba en la zona de tolerancia. Borracho, la tomaba contra la esposa y la golpeaba. Don Manuel, muy dolido por esta situación, convenció a su hijo Leandro para limpiar el honor de la hija maltratada. Un domingo, muy de madrugada Leandro vengó a la hermana, un balazo bastó, luego puso el revólver en la mano del asesinado, lo que dio pie a la gente para que pensara

en un suicidio. El entierro lo tuvieron que hacer en el muladar.

La mujer no podía llorar a su esposo, ni visitarlo, porque un suicida era el que se “cagaba en la batica de cuadros”. Ella volvió al hogar y entre sus pertenencias llevó un retrato del esposo, que su hermano volteaba siempre que se encontraba frente a él. Aquella foto le mortificó tanto hasta que no pudo más con la culpa. Se fue para El bosque, una fonda cerca al río Tapartó, a buscar a un familiar de quien fue su cuñado, un Bernardo Correa, y le confesó el crimen. Pidió sobre todo que le informaran al cura que esa muerte no había sido un suicidio. El sacerdote ordenó que desenterraran el cadáver, le hizo la misa y le dieron cristiana sepultura. Don Manuel, arrepentido, tanto por el asesinato, como por la cárcel que le tocó pagar al hijo, se presentó ante el párroco de Bolívar y confesó su participación en el asunto. El sacerdote se negó a perdonarlo porque el pecado era tan grande que sólo el Papa tenía la facultad de absolverlo. Don Manuel organizó el viaje a Roma, se hizo acompañar de Raúl Vélez, un profesor de idiomas que si bien no sabía italiano, sabía francés y algunas palabras en latín. Regresaron como unos héroes. En Bolívar hubo gente que alquiló balcones para ver a los dos que habían visto al Papa, y para oír a Don Manuel, que en la plaza, ante todo el pueblo, contó de su viaje y del perdón que le dio el Sumo Pontífice después de haberle besado el anillo.

Desde temprana edad, Jairo oyó en boca de sus padres las historias de familiares que se ahorcaban en las pesebreras o en los árboles de tirisio. Una tarde, a la salida de la escuela, le tocó ver el momento cuando un campesino se colgaba de un árbol. Recuerda también al

vecino que amanecía tirado en el corredor, inconsciente por la borrachera. Cuando Carlos Mario Pamplona llegaba muy mal y no lograba meter la llave a la chapa, cogía impulso desde el otro lado del andén y tumbaba la puerta. Un día, después de oír repetidas veces el mismo tango en un bar de la plaza, le brindó su muerte a todos los presentes que sólo alcanzaron a ver el fogonazo y el rojo que entristeció la mesa.

“A mí me tocan casi todos los entierros, pero los más tristes son los de los suicidas. Al año de empezar a trabajar en esto de pintar lápidas me tocó una racha. Era el 17 de enero y habían ocurrido seis suicidios y supe por el sepulturero que otros tantos habían fallado. Si esos que se salvaron lo hubieran logrado, se hubiera ajustado la docena. Eso marca mucho a la gente, aunque creo que hay pocas familias que puedan haber escapado a eso. Pero no sé por qué razón se hace tanto comentario, uno oye decir así entre dientes, “en esa casa ya se han matado tal y tal, y el abuelo” y después siguen relacionando a toda la familia, a los tíos, a los primos lejanos, no sé, les da por hacer comparaciones”.

Visitamos el cementerio que mira a Ciudad Bolívar desde un montículo al oriente del pueblo. Jairo ha encontrado allí su gran escuela, aprendió a no temerle al cielo o al infierno. No le desvela el castigo o el premio de un más allá. Cuando contempla a todos los que llegan allí cubiertos por la muerte, jóvenes, viejos, ricos, pobres, hombres o mujeres, reafirma su convencimiento de tomar la vida sin prisa, suave, respirando hondo y sin gastarse en vibraciones muy fuertes. La lección es sencilla: lo bueno siempre es hoy. Transita por los bloques apropiándose de la tranquilidad y la paz que no







encuentra en el bullicio del parque. Le emociona vivir y sabe hacerlo, al escucharlo uno comprende sus afirmaciones, intuye su desprendimiento y se sorprende con su humor. Parece que esa cercanía con la muerte es una escuela de la ironía. No acusa insensibilidad, muchos son los nombres que le han dolido al marcarlos sobre el mármol: amigos, familiares, la buena gente conocida, pero no tiene ese dolor cuando el finado ha hecho y deshecho. Concluye que esa derrota es una ley natural. A quien debe, la vida pasa la cuenta y la muerte corre a cobrar, de eso no hay duda: "Aquí no hay malo que no haya pagado".

Los comentarios que hace frente a las tumbas me inducen a pensar que allí, en esa medida horizontal de los nichos, se encierran las grandes pasiones humanas. Me muestra la tumba de alguien que se suicidó por desamor. No pudo admitir el adiós de su novia. El estruendo que hizo la Magnum silenció las campanas que llamaban a misa. Una bala para ella y luego una bala para él. La mujer se salvó, él no pudo arrastrarla consigo hacia la muerte. Su tumba, como muchas otras, delata el olvido.

Hay dos tumbas que no requieren visita. Se bastan a sí mismas en la soledad del sepulcro. La una al lado de la otra, extienden la cercanía con la que se les conoció en vida. Holman fue el mecánico más diestro del pueblo. Desde la lata hasta el motor, no había secreto para él si de carros se trataba. Extraño que siendo mecánico tuviera solamente una amante, quizás por eso Rosalba le guardaba fidelidad y soportaba los maltratos que se repetían con frecuencia en los trece años que vivieron juntos. Inseparables, aún en el trabajo, ella le ayudaba en sus tareas de mecánica, engrasar o meterse debajo, desarmar una

pieza o levantar el carro no le representaba ningún problema. Los dos eran muy dados a la bebida y a los excesos. Así, tanto como se querían, así igual se aporreaban.

Quienes estaban en la fonda de Remolinos ese miércoles fueron testigos del fuerte alegato. Ella amenazó con tirarse al río y él imperturbable la invitó a que lo hiciera. Estaban muy borrachos. El amague no fue broma y Rosalba se arrojó al río. Holman la siguió por la carretera y la ayudó a salir. La trifulca continuó justamente porque el hombre le reprochaba el hecho de que hubiera cumplido la amenaza y la mujer le gritó que incluso era capaz de volver a hacerlo. El río la arrastró corriente abajo, no hubo segunda oportunidad, el cuerpo sin vida lo recogieron cerca a la desembocadura del San Juan en el río Cauca. Cuando Jairo marcó el nombre de Rosalba Urán, vio al mecánico quebrado por la tristeza, los ojos vidriosos y el nudo en la garganta. No volvió a trabajar, pasaba sus días bebiendo en el cementerio. Un jueves tomó la decisión que lo aliviaría de su abatimiento: le pidió al sepulturero que le guardara hasta el otro día la tumba contigua a la de Rosalba, porque él estaría en ella al día siguiente.

Cuando lograron tumbar la puerta del garaje y apagar las llamas que consumían el carro, encontraron el cuerpo de Holman carbonizado y encadenado en el asiento delantero. Se había asegurado muy bien, para que la vida no lo tentara y truncara su deseo de estar al lado de la tumba de su amante. Con una letra igual a la de la lápida de la mujer, Jairo escribió el nombre de Holman Vélez.

Una hermosa escultura de la Piedad, tallada en puro mármol, adorna el centro de una cripta en la parte baja del cementerio. Es

el refugio de Jairo, es su lugar secreto. Sentado sobre la base, acostumbra hacer las lecturas, dibujar o escuchar música. A esa imagen de la virgen dolorosa y del Cristo muerto le confía los soliloquios sobre el acontecer del cementerio. Inevitables desenlaces de la vida cuyas tramas algunos recuerdan y otros entregan a la desmemoria. En estas palabras vuelven algunas de esas vidas. Al repasarlas dejan entrever asombrosas decisiones: El hombre que, a petición de una sobrina, le entrega un revólver porque ella le expresa el deseo de matarse, pero no lo hace, el hombre toma entonces el arma y le dice: "usted no es capaz de matarse, pero yo sí" y dispara sobre su sien. El bohemio que en una cantina se clava un cuchillo en el corazón y se sienta luego a tomarse la copa que tiene servida en la mesa, aún tenía pendiente el trago que debía tomarse antes de morir. La muchacha que dispara sobre su pecho y al ver que no muere, acciona nuevamente el arma para alcanzar su muerte. El latonero que acostumbraba dispararle a los ojos del cuadro del corazón de Jesús, y al poco tiempo intenta suicidarse, sobrevive, pero queda ciego. Cuántos casos, cuántos motivos, cuántas sensaciones que justifican o no los motivos para vivir o para morir.

Al partir, me llevo la acuciosa frase que Jairo me entrega al despedirse:

"Los muladares se acabaron, ya no hay tal lugar, pero éste (señala la extensión del cementerio), téngalo por seguro, sigue siendo el lugar".

#### UN CUENTO DE NO ACABAR

Hoy vuelvo una vez más a La Comedia. Como siempre, encuentro la mano extendida de Ovidio y el café capuchino a



punto. Hay un viento fuerte que provoca el susurro de las ramas de la ceiba. La luz promete un espléndido atardecer. Le acompaña Gloria, su esposa, sicóloga y orientadora del colegio cooperativo.

En esta ocasión elijo una silla plástica. Antes acostumbraba sentarme en los troncos de Tirisio, pero ahora que conozco sus antecedentes un no sé qué me impide utilizarlos. Les cuento acerca de la búsqueda que realicé durante el día en los archivos. Un verdadero fracaso, al menos en la posibilidad de encontrar en los folios parroquiales alguna prohibición relacionada con los funerales de los suicidas, o el registro de defunción en la notaría o en la inspección de policía. Es curioso que algunas partidas de defunción sobre casos que me habían relatado, aparezcan como si se tratara de muertes accidentales. Nadie sabe o nadie quiere aclararlo.

Numerosos son los temas que nos esperan. Gloria tiene su propia visión de la idiosincrasia de Bolívar, allí nació y a su pueblo debe sus afectos. Nada de eso le impide encarar un asunto que muchos han preferido ignorar. Hablamos justamente sobre eso, sobre la reticencia al tema, y llegamos al acuerdo de que la censura que opera sobre estos hechos funciona más bien como un mecanismo de defensa. Es como si al evitar cualquier alusión se conjurara el mal. Por ahí se lee que el suicidio contagia y motiva.

También hay lecturas contrarias, como en el sexo, mientras más se informa más se controla. En Bolívar mucho se ha callado y entre esos silencios han ocurrido rachas que reviven lo que se pretende ocultar. La epidemia aparece, pero no es tan frecuente como en otras épocas. Incluso a finales de los años

ochenta y a principios de los noventa, los índices de suicidio bajaron notablemente. Se vivía un período de empuje, de opciones sociales y culturales, de optimismo. Ahora los suicidios parecen aumentar, coinciden con la crisis económica, los desplazados y los nuevos brotes de violencia.

“Yo no sabría decir si esas muertes tienen en Ciudad Bolívar una causa única. Hay de todo, incluso hubo una que creo es excepcional, la de alguien muy conocido en el pueblo al que le decían “Rifa diaria”. Se suicidó en un estado de plena euforia, mientras le daba una serenata a su mujer.” Al relatar este caso, Ovidio vuelve al perfil del apostador y me invita a descubrir esa sicología del riesgo tan reiterativa en la historia del municipio. No sólo el dado que puso a rodar fortunas y pasar las propiedades de mano en mano, a gracia de las cenas que favorecían a uno de los jugadores, sino también la fiebre por las carreras de caballos, o el ocio de escoger un gallinazo sobre el tejado y apostar su más cara pertenencia, a la espera de cuál de las aves levantaba el vuelo primero. Podían pasar una, dos o más horas, y alrededor de los jugadores se formaba un numeroso grupo que se unía a las apuestas o que simplemente se quedaba para ver como la finca La Linda volaba con el gallinazo a manos del ganador. O esos seres humanos que encarnan la acción imposible: “A Bolívar aún no ha llegado el carro que alcance al jorobado, al que le decimos también el entablado. De acuerdo al número de kilómetros, a él le dan de ventaja cierta distancia, y es mucha la plata que han perdido los que le apuntan al carro”. Una de las apuestas más famosas y en las que participó buena parte del

pueblo ocurrió el día cuando Pedro Vélez anunció que se gastaría cuatro horas caminando desde Bolombolo hasta Bolívar. La caravana de acompañamiento fue grande: caballos, carro de bomberos, volquetas y buses de escalera repletos de pasajeros. En la plaza lo esperaba la multitud y el grupo de mariachis que lo recibió con una serenata. Pedro Vélez no alcanzó a cumplir con el tiempo anunciado, pero la plata rodó ese día por todos los rincones del pueblo. Hay quien asegura incluso que por los años cincuenta se tiraba el dado para elegir el número de veces que se debía martillar el gatillo con el arma que apuntaba a la sien, hasta encontrar la única bala puesta en el revólver.

El final del crepúsculo entrega una noche clara y en la que ya brillan las primeras estrellas. Tratamos de avistar hacia el occidente la presencia del cometa Hale- Bopp. La visión es efímera porque es escaso el horizonte para el avistamiento. La conversación entra a las sospechas sobre las sectas. Mencionamos el reciente caso del suicidio de los 39 seguidores del movimiento “Puertas del Paraíso”, en una granja, en Estados Unidos. Sus miembros habían seguido la ruta del cometa por Internet, y estaban esperando el punto de mayor cercanía a la tierra, para pegarse a su cola. Comento la impresión que tuve al mirar el video, en el que uno de sus líderes hablaba con pasmosa tranquilidad sobre el ritual mortal que pensaban acometer. Ovidio hace memoria del reverendo Jones, quien llevó al suicidio a unas mil personas en la Guyana.

“Ninguno de los suicidios ocurridos en Ciudad Bolívar está ligado a un culto o a una práctica rara. Se buscó incluso la relación con la cadena de suicidios que se



presentó en Andes y en los que había claros indicios de satanismo, pero nada quedó claro, ni aquí, ni allá”.

Hay calor en la mesa y debate. Son tantos los hechos y tan diversas las motivaciones que no es posible aventurar causas. Nos ponemos de acuerdo en que es una decisión que rompe los códigos y se enfrenta a las valoraciones morales. Despecho, ruina, depresión, machismo, honor, se deslizan en cada suicidio. Muchos de ellos elaborados, pensados, enmarcados en una puesta en escena dramática. Por los años setenta los honores a los estudiantes muertos originaron una serie de suicidios. Jóvenes acosados por el desafecto y la indiferencia, se convertían con su muerte en el ser que en el entierro todos lloraban, el cortejo fúnebre le daba una dimensión de grandeza: el toque de la banda, el solo de la corneta, los compañeros de clase detrás del ataúd y su nombre de boca en boca, coronaban las aspiraciones de quienes se quitaban la vida. Sobre estas circunstancias lanzo mi inquietud y pido a Gloria que me ayude a comprender la razón por la cual, conocidos los riesgos de suicidio, no existen programas de prevención y de ayuda.

“Hace algunos meses se suicidó un estudiante de mi colegio, del grado décimo, tenía quince años. A los cinco años, su padre fue muerto por dos ladrones que lo asaltaron. Eso lo marcó para siempre, hasta el punto de que a sus compañeros de clase les comentaba que su intención era matarse. Las veces que lo traté lo sentía muy depresivo. Tomó la guitarra y le cantó a su madre algunas canciones viejas. Le había dicho que serían las últimas porque había tomado veneno. No le creyeron mucho porque no

mostraba ninguna reacción y además seguía cantando. Cuando se acostaron todo iba normal, pero en la madrugada la madre escuchó los gritos y vio las convulsiones del muchacho. En el hospital no pudieron salvarlo.” A raíz de esta muerte y de lo que suscitó entre sus amigos, que empezaron a comentar que “hasta de pronto lo del suicidio era una buena opción”, se formó un grupo de emergencia con los sicólogos del hospital, del municipio y del colegio. Hubo reunión con docentes, padres de familia y estudiantes con el propósito de diseñar un plan de prevención. Fue necesario acudir también al historial sobre las manifestaciones del suicidio en el municipio. Encontraron las mismas dificultades, resistencia de los familiares a informar y carencia de documentación. Parecería increíble, pero esas historias en su mayoría están depositadas en la memoria de la gente, los hechos viven en una mítica oral que viene de generaciones anteriores, y que da cuenta de uno de los rasgos de la personalidad de sus habitantes: su hermetismo, la culpabilidad que rodea a la familia del suicida, el arraigado machismo en el municipio. La actitud general es la inclinación al olvido, el suicidio no existe como un problema real, existe como una anécdota que se cuenta y que a veces llega hasta la apología. Gloria ha dado buena cuenta al grupo de sicólogos de los relatos que vienen de sus recuerdos de infancia y de aquellos que le ha tocado vivir: El suegro de una tía colgando en la pesebrera, el dibujo por donde entró la bala al corazón de “Picio”, el tango que escuchó Don Roberto antes de pegarse un tiro, el primo hermano que se ahorcó con la cuerda de nylon del sanitario, la mujer que se fijó como meta suicidarse a los

treinta y ocho años tal como lo había hecho a esa misma edad su madre; el campesino que contó en la fonda la forma como después, cuando saliera de allí, amarraría la escopeta al dedo del pie para volarse los sesos; la empleada de la Caja Agraria que se envenena por haber quedado embarazada.

Para comprender tanto suicidio todo es posible. Las pautas de conducta que son comunes en Bolívar: el paso súbito de la euforia a la más honda depresión. Comportamientos así advierten que algo raro pasa, está más allá de la zanja que encierra al municipio y que ahoga al que se siente triste, o del poco Litio en el agua del acueducto. Muchas respuestas tienen que ver quizás con la mentalidad de un pueblo, con las relaciones sociales que generan tensiones, con sus carencias, con la imposibilidad de alcanzar prototipos del pasado, con la incapacidad de dominar los impulsos del espíritu, con el corazón del hombre, con esa voz de ayuda que tantos lanzan y que no encuentra oído: el eco que desde la sordera de los más cercanos se devuelve, los deja en el territorio en donde habitan con su propio abandono.

Hacia pensamientos así se inclina esta conversación que atravesó la noche. La luna es cómplice del amanecer que se aproxima y descubro que el alba ha calado con su frío. Me embarga una curiosa sensación: en todo este recuento hay algo inatrapable, no sé en verdad qué es lo que se escapa, debe ser lo que el suicida se lleva y que ni siquiera su muerte entrega, de pronto tiene que ver con eso inesperado con que nos sorprende la noticia, o mas bien con el gesto que no supimos detener.



“Un cuento de nunca acabar”  
me dice Ovidio.

“Un cuento de nunca acabar”  
repite Gloria.

Un cuento de nunca acabar,  
seguramente es eso, me digo

mentalmente, y me alegra pensar  
que con la conversación de esta  
noche llego al convencimiento de  
que mi investigación ha  
terminado, y acaso como un  
símbolo, como una metáfora,

interpreto el acto del candado  
que Ovidio pone a las puertas de  
su taberna: La Comedia por esta  
noche se ha cerrado.